

2

ASESINO  
- de -  
BRUJAS



LOS HIJOS DEL REY.

SHELBY  
MAHURIN

ASESINO  
~ de ~  
BRUJAS

ASESINO  
~ de ~  
BRUJAS



SHELBY  
MAHURIN

Traducción de Estíbaliz Montero



Argentina – Chile – Colombia – España

Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *Blood & Honey* Editor original: HarperTeen, un selo de HarperCollins Publishers.

Traductora: Estíbaliz Montero

1.ª edición: enero 2021

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© 2020 by Shelby Mahurin

Publicado en virtud de un acuerdo con Harper Collins Children's Books, un selo de HarperCollins Publishers

*All Rights Reserved*

© de la traducción 2020 Estíbaliz Montero

© 2021 by Ediciones Urano, S.A.U.

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid

[www.mundopuck.com](http://www.mundopuck.com)

ISBN: 978-84-18259-41-8

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para Beau, James y Rose , a quienes amo incondicionalmente...





Primera Parte

*Il n'y a pas plus sourd que celui qui ne veut pas entendre.*

No hay peor sordo que el que no quiere oír.

—PROVERBIO FRANCÉS



Capítulo 1

Mañana

*Lou*

Unas nubes oscuras se arremolinaron sobre nosotros.

Aunque no podía ver el cielo a través del grueso dosel de La Fôret des Yeux, ni sentir el viento cortante que se levantaba

más al á de nuestro campamento, sabía que se estaba gestando una tormenta.

Los árboles se mecían en el crepúsculo gris, y los animales habían buscado refugio. Varios días atrás, nos habíamos cobijado en nuestra propia guarida: una peculiar cuenca en el suelo del bosque, donde los árboles habían echado raíces como si fueran dedos que se introducían y emergían de la fría tierra. Lo había llamado, cariñosamente, el Hueco. Aunque la nieve cubría como polvo todo lo que había fuera, los copos se derretían al contacto con la magia protectora que *madame* Label e había conjurado.

Ajustando la piedra de hornear sobre el fuego, pinché con esperanza el bulto deforme que se había encima. No se podía llamar *pan* exactamente, ya que había preparado el mejunje con nada más que corteza molida y agua, pero me negaba a ingerir otra comida a base de piñones y raíz de cardo lechero. Sencillo,

me negaba. Una chica debía llevarse algo sabroso a la boca de vez en cuando, y no me refería a las cebollas silvestres que Coco había encontrado esa mañana. Mi aliento todavía olía como el de un dragón.

—No pienso comerme eso —dijo Beau con rotundidad, mirando el pan de pino como si de pronto fueran a brotarle piernas y lo fuera a atacar. Su pelo negro, que normalmente le evaba peinado de un modo impecable, se agitaba en ondas despeinadas, y varias salpicaduras de suciedad le cubrían la curtida mejilla. Aunque su traje de terciopelo habría sido la última moda en Cesarine, también estaba cubierto de mugre.

Le sonreí.

—Bien. Muérete de hambre.

—¿Es...? —Ansel se acercó, arrugando la nariz con disimulo. Con los ojos brillantes antes por el hambre y el pelo enredado por el viento, no le había ido mucho mejor que a Beau en plena naturaleza. Pero Ansel, con su piel aceitunada y su complejión de sauce, sus pestañas rizadas y su sonrisa genuina, siempre sería atractivo. No podía evitarlo—. ¿Crees que es...?

—¿Comestible? —contribuyó Beau, arqueando una ceja oscura—.

No.

—¡No iba a decir eso! —Las mejillas de Ansel se tiñeron de rosa, y me dirigió una mirada de disculpa—. Iba a decir... bueno. ¿Crees que está bueno?

—La respuesta a eso también es no. —Beau se dio la vuelta para hurgar en su morral. Triunfante, se enderezó un momento después con un puñado de cebollas y se llevó una a la boca—. *Esta será mi*

*cena esta noche, gracias.*

Cuando abrí la boca para responderle de forma mordaz, Reid me pasó un brazo por los hombros; pesado, cálido y reconfortante. Me dio un beso en la sien.

—Estoy seguro de que el pan está delicioso.

—Así es. —Me incliné hacia él, pavoneándome ante el cumplido.

— *Estará delicioso. Y no oleremos a capu..., esto... a cebolla, toda la noche.* —Sonreí con dulzura a Beau, que se detuvo con la mano a medio camino de la boca, frunciendo el ceño tras su cebolla—.



Vas a estar apestando por lo menos un día entero.

Reid se rio, se agachó para besarme el hombro y su voz, lenta y profunda, retumbó contra mi piel.

—¿Sabes? Hay un arroyo siguiendo el camino.

Instintivamente, estiré el cuello y él me dio otro beso en la garganta, justo debajo de la mandíbula. Se me aceleró el pulso contra su boca. Aunque Beau frunció los labios en señal de disgusto por nuestra exhibición pública, lo ignoré, deleitándome en la cercanía de Reid. No habíamos estado solos en condiciones desde que me había despertado después de Modraniht.

—Tal vez deberíamos ir a verlo —dije sin aliento. Como de costumbre, Reid se alejó demasiado pronto—. Podríamos llevarnos el pan y... hacer un pícnic.

Madame Label se volvió la cabeza hacia nosotros desde el otro lado del campamento, donde ella y Coco discutían entre las raíces de un abeto centenario. Aferraban un trozo de pergamino entre las dos, tenían los hombros tensos y el rostro macilento. Tinta y sangre salpicaban los dedos de Coco. Ya había enviado dos misivas a La

Voisin, al campamento de sangre, suplicando refugio. Su tía no había respondido a ninguna de las dos. Dudaba que una tercera misiva la hiciera cambiar de opinión.

—Rotundamente no —dijo *madame* Label—. No podéis abandonar el campamento. Lo he prohibido. Además, se avecina una tormenta.

*Lo he prohibido.* Esas palabras me exasperaron. Nadie me había *prohibido* hacer nada desde que tenía tres años.

—Permitidme que os recuerde, —continuó con la cabeza alta y un tono insufrible—, que el bosque todavía está lleno de cazadores, y aunque no las hemos visto, las brujas no pueden estar muy lejos.

Eso sin mencionar a la guardia del rey. Se ha corrido la voz sobre la muerte de Florin en Modraniht —Reid y yo nos pusimos tensos en brazos del otro—, y las recompensas son más cuantiosas. Hasta los campesinos conocen vuestro rostro. No abandonaréis el campamento hasta que hayamos ideado algún tipo de estrategia ofensiva.

No me pasó desapercibido el sutil énfasis que puso en *vuestro*, o la forma en que nos miró a Reid y a mí. *Nosotros* éramos los que teníamos prohibido dejar el campamento. *Nosotros* éramos los que aparecíamos en carteles por todo Saint-Loire. Y a esas alturas, probablemente también en cualquier otro pueblo del reino. Coco y Ansel habían robado un par de carteles de «Se busca» después de ir a Saint-Loire a por provisiones. Uno mostraba el atractivo rostro de Reid, con el pelo teñido de rojo con rubia roja, y el otro mostraba el mío.

El dibujante me había puesto una verruga en la barbilla.

Fruncí el ceño al recordarlo mientras le daba la vuelta a la barra de pan de pino y dejaba al descubierto la corteza quemada y ennegrecida de la parte inferior. Todos la contemplamos con fijeza un momento.

—Tienes razón, Reid. Tremendamente delicioso. —Beau sonrió ampliamente. Detrás de él, Coco apretó la mano y la sangre goteó de su palma y cayó sobre la misiva. Las gotas chisporrotearon y humearon al posarse, quemando el pergamino hasta que no quedó ni rastro. Transportándolo al lugar donde La Voisin y las *Dames rouges* estuvieran acampadas.

Beau agitó el resto de sus cebol as directamente bajo mi nariz, queriendo que le prestara atención.

—¿Estás segura de que no quieres una?

Le di un manotazo para que se le cayeran.

—Vete a la mierda.

Tras darme un apretón en los hombros, Reid levantó el pan chamuscado de la piedra y cortó una rebanada con una precisión impecable.

—No tienes que comértelo —dije hoscamente.

Esbozó una sonrisa.

— *Bon appétit.*

Nos quedamos mirando, paralizados, cómo se metía el pan en la boca y se atragantaba.

Beau estal ó en carcajadas.

Con los ojos l orosos, Reid se apresuró a tragar mientras Ansel le golpeaba en la espalda.

—Está bueno —me aseguró, sin dejar de toser e intentando masticar—. De verdad. Sabe como a... como...

—¿Carbón? —Beau se partió de risa al ver mi expresión, y Reid, de un rojo bril ante porque todavía estaba atragantándose, levantó un pie para darle una patada en el culo. Literalmente. Beau perdió el equilibrio y cayó sobre el musgo y el liquen del suelo del bosque, con una huel a de bota claramente visible en la parte trasera de sus pantalones de terciopelo.

Escupió barro por la boca al tiempo que Reid conseguía tragarse por fin el pan.

—Capul o.

Antes de que pudiera dar otro mordisco, volví a tirar el pan al fuego.

—Tu cabal erosidad es notoria, esposo mío, y por tanto será recompensada.

Me abrazó, y esta vez esbozó una sonrisa genuina. Y

vergonzosamente aliviada.

—Me lo habría comido.

—Debería haberte dejado.

—Y ahora todos vosotros pasaréis hambre —dijo Beau.

Ignoré el traicionero gruñido de mi estómago y saqué la botella de vino que había escondido en el morral de Reid. No había tenido la ocasión de hacer las maletas para el viaje yo misma, por aquel o de que Morgane me había secuestrado en los escalones de la Catedral Saint-Cécile d’Cesarine. Por suerte, el día anterior me había alejado un poco del campamento y había conseguido un puñado de objetos útiles de una vendedora ambulante que pasaba por al í. El vino había sido indispensable. Al igual que la ropa nueva. Aunque Coco y Reid habían improvisado un atuendo para que pudiera despojarme

de mi sangriento vestido ceremonial, las prendas me quedaban sueltas, pues mi complexión, ya de por sí delgada, había adoptado una apariencia esquelética tras mi estancia en el Chateau. Hasta aquel momento, me las había arreglado para mantener ocultos los frutos de mi pequeña excursión,

tanto en el morral de Reid como bajo la capa que *madame* Label e me había prestado, pero en algún momento tendría que retirarles la venda de los ojos.

No había mejor momento que el presente.

Reid reparó en la botel a de vino, y su sonrisa se desvaneció.

—¿Qué es eso?

—Un regalo, por supuesto. ¿No sabes qué día es hoy? —  
Decidida a salvar la noche, coloqué la botel a en las manos desprevenidas de Ansel. Cerró los dedos alrededor del cuello, y sonrió, ruborizándose de nuevo. Una sensación cálida me inundó el corazón.

— *Bon anniversaire, mon petit chou!*

—No es mi cumpleaños hasta el mes que viene —dijo con timidez, pero de todas formas sostuvo la botel a contra el pecho. El fuego arrojó una luz parpadeante sobre su expresión sosegada de alegría

—. Nunca nadie... —Se aclaró la garganta y tragó con fuerza—.

Nunca antes me habían hecho un regalo.

La felicidad de mi pecho se atenuó ligeramente.

De niña, mis cumpleaños se celebraban como si fueran días festivos. Muchas brujas de todo el reino viajaban a Chateau le Blanc para celebrarlo, y juntas, bailábamos bajo la luz de la luna hasta que nos dolían los pies. La magia cubría el templo con su afilado aroma, y mi madre me colmaba de regalos extravagantes: una diadema de diamantes y perlas un año, un ramo de orquídeas fantasmas

eternas al siguiente. Una vez separó las aguas de L'Eau Mélancolique para que yo caminara por el lecho marino, y las melusinas apoyaron sus hermosos y espeluznantes rostros contra las paredes de agua para observarnos, ahuecándose el brillo ante el agua y haciendo destellar sus colas plateadas.

Ya entonces sabía que mis hermanas celebraban más mi muerte que mi vida, pero luego me preguntaría —en mis momentos de debilidad— si lo mismo había sucedido con mi madre.

«Tú y yo somos personajes trágicos», había murmurado en mi quinto cumpleaños, antes de darme un beso en la frente. Aunque no podía recordar los detalles con claridad (tan solo las sombras de mi dormitorio, el frío aire nocturno sobre mi piel, el aceite de eucalipto en mi pelo), pensé que una lágrima había rodado por su mejilla. En esos momentos de más debilidad, había sabido que Morgane no celebraba mis cumpleaños en absoluto.

Lo esperaba.

—Creo que la respuesta adecuada es gracias. —Coco se acercó a examinar la botella de vino, colocándose los rizos negros por encima del hombro. El rubor de Ansel se hizo más intenso. Con una sonrisa, ella deslizó un dedo de forma sugerente por la curva de la botella, apoyando sus propias curvas contra el delgado cuerpo de él.

—. ¿De qué cosecha es?

Beau puso los ojos en blanco ante su comentario, que resultaba más que obvio, y se inclinó para recuperar sus cosas. Él lo miró por el rabillo de sus ojos oscuros. No se habían dirigido una sola palabra cortés en días. Al principio había sido entretenido, ver cómo Coco le bajaba los humos al príncipe con sus ocurrencias, pero en los

últimos días había involucrado a Ansel en el enfrentamiento. Tendría que hablar con él al respecto. Dirigió la mirada a Ansel, que aún sonreía de oreja a oreja mientras miraba el vino.

Al día siguiente. Hablaría con él al día siguiente.

Coco colocó los dedos sobre los de Ansel y levantó la botella para estudiar la deteriorada etiqueta. La luz del fuego iluminó las innumerables cicatrices de su piel tostada.

— *Boisâiné* —leyó despacio, esforzándose por distinguir las letras.

Frotó un poco la suciedad con el dobladillo de su capa—.

Elderwood. —Me miró—. Nunca he oído hablar de ese lugar.

Aunque parece antiguo. Debe de haber costado una fortuna.

—Mucho menos de lo que crees, en realidad. —Sonriendo de nuevo ante la expresión suspicaz de Reid, le quitó la botella con un guiño. Un imponente roble florecido adornaba su etiqueta, y a su lado, un hombre monstruoso con cuernos y pezuñas llevaba una corona de ramas. Sus ojos estaban pintados en un tono amarillo fluorescente, y sus pupilas eran como las de un gato.

—Tiene un aspecto aterrador —comentó Ansel, inclinándose sobre mi hombro para ver más de cerca la etiqueta.

—Es el Hombre Salvaje. —La nostalgia se apoderó de mí de forma inesperada—. El ser de los bosques, el rey de toda la flora y la fauna. Morgane solía contarme historias sobre él cuando yo era pequeña.